

Un Vocerío Arrogante

Carlos OSSA*

“¿Puede todavía escribirse la historia de aquellos hombres? No sólo la historia social, organizativa e institucional de las unidades a las que ellos pertenecían. Y no sólo la historia ideológica y de la toma de decisiones de las políticas que llevaron a cabo”.

Christopher Browning (1992)

Una de las dimensiones políticas de la transición que se mueve entre la usura del signo y la delgadez del contenido es la gestualidad, un espacio dramático donde se ponen en relación específica el lenguaje y el poder. El discurso político rico en máscaras y consuelos exige siempre el retorno al orden, la formalidad de los procedimientos y el respeto por la oficialidad de la historia. Y sin embargo, la autorreferencia deja fuera un débito no calculado y una muerte en espera. La política necesita a los discursos, pero más aún, se hace ella misma un discurso que corrige su exceso y abandono, así el peligro de revuelta queda cercado por una forma administrativa que presenta lo “otro” como divorcio o equivocación; de este modo el imprevisto se difiere o anula a través de un gesto. En ese punto deseamos detener este trabajo al revisar las construcciones discursivas de la transición y examinarlas en términos de lo que Michel Pêcheux definió como la función semántica y sintáctica del lenguaje político, es decir, el estudio de las ideologías en cuanto su capacidad de hacer posible el funcionamiento social.

| 57

* Profesor Instituto de la Comunicación e Imagen. Universidad de Chile.

Desde esta perspectiva un acercamiento comunicativo no puede eludir ciertas transformaciones del espacio público y con ello una serie de cambios en las estrategias gramaticales y lexicales de los operadores políticos. Pero no sólo eso, también transformaciones en la escenificación del discurso, a partir de la creciente fragmentación de los mismos generada por los medios electrónicos que han sido capaces de crear una temporalidad narrativa rica en yuxtaposiciones que altera el lugar clásico de la enunciación rompiendo las reglas argumentativas que centraban los discursos políticos en la argumentación, como único recurso para encontrar confianza y respaldo. En este territorio de quiebres y rupturas semánticas, donde el habla política se transversaliza con los ropajes de la heterogeneidad mediática, hay un concepto de uso habitual en la arena del poder esgrimido para centrar la discusión, regular el debate y excluir las referencias problemáticas: la noción de *gesto*.

El *gesto* no es una cosa, ni una lejanía o la expresión de un dominio, más bien es un saldo lingüístico, el abandono de un trazo sin memoria cuya eficacia comunicativa está dada porque permite la suspensión de lo público en favor del "discurso de la opinión". La clase política puede relacionarse, así, con el público sin necesidad de tener que pasar por su consentimiento o parecer. Por tal motivo, en toda gestualidad hay una evasión del sentido, la suspensión de un conflicto y una recomendación social. Con el *gesto* se hace evitable una narrativa de la vida diaria, pues el lenguaje se circunscribe al imaginario patrimonial de las instituciones. La ciudadanía -fetiche retórico de un habla convencional y vaga- se transforma en un dato corporativo. El gesto podría ser una especie de soporte, pues nunca remite a un contenido específico. Los políticos lo usan genéricamente para recomendar, neutralizar o pedir un tránsito que libere al conflicto de un altercado directo. Hacer un *gesto*, mandar una señal, mostrar una actitud pueden ser considerados mecanismos de una estrategia donde interesa nublar lo pedido a favor de exhibir la generosidad de un acto de renuncia, aunque nunca se sabe con precisión a qué debe renunciarse o qué debe ser modificado. El discurso político encuentra en el *gesto* la oportunidad de control sobre el lenguaje al reducir la demanda a un efecto fático, que disminuye la tensión de la palabra e impide que ésta agrede en un contexto donde no se desea romper las normas de la convivencia. El discurso político de la transición busca la consolidación de una práctica autorreferida donde los operadores políticos tienen por misión evitar que el poder sea usurpado por lo social o se extienda hacia éste. Siguiendo a Paolo Fabri y Aurelia Marcarino, podemos indicar que el discurso político no es "representativo": "*No se lo puede describir como un conjunto de enunciados en relación cognitiva con lo real, sino que puede ser caracterizado como un discurso de campo destinado a llamar y a responder, a*

*disuadir y a convencer: un discurso de hombres para transformar hombres y relaciones entre los hombres, no sólo un medio para reproducir lo real*¹.

La fabricación de la gestualidad obedece al deseo de hacer pasar por época un sistema, naturalizar las relaciones de poder y establecer la fuerza estadística de la lengua funcionaria cuyo objetivo principal es reducir amenazas y consolidar normas de regulación. En ese sentido, tal como indican Fabri y Marcarino, el destino del lenguaje político es la administración del sentido y la dosificación de su alcance, a fin de que lo dicho nunca desmienta la racionalidad del poder y autorice su inscripción en el cuerpo social como inevitable. Por ello el gesto nunca expresa un contenido, es una forma usada en el habla que remite a conformar una técnica de control de la palabra y desperfilamiento del suceso. Este debe acatar las condiciones interpretativas puestas en circulación por las voces oficiales y disuadir la versión dicotómica. No se trata de impedir su presencia, sino de volverla inoficiosa. El diálogo que ha sido el eje publicitario de la transición democrática, en realidad, utiliza guiños, caretas y apelaciones para personificar el “deber público” en unos sujetos que se tienen a sí mismos como únicos interlocutores. La gramática de este proceso codifica y encierra signos (pasados por gestos) en la estabilidad programática de una lectura comunicacional que remite todas las actividades, sentencias e incluso amenazas, a un solo fin: *el presente de la política*.

El gesto político y comercial es mediático porque en el espacio de las mediaciones entre sociedad civil, gobierno, política y medios de comunicación, la accesibilidad al mensaje soporta hoy dos condiciones: la inmediatez y la semantización. La primera es una modalidad de construcción tecnológica y periodística que traduce todo a la retórica de la actualidad, y la segunda, define el tipo de circulación simbólica usado en la caracterización de hechos o anécdotas. Ambos dispositivos pueden rellenar la ausencia de proyectos en la oferta política y distribuir climas de pacificación que prevengan la ruptura grave o la queja convincente con respaldo noticioso. Desde el ángulo de la producción de sentido se puede argumentar con Murray Edelman que: *“lo que la gente experimenta es el lenguaje sobre los acontecimientos políticos, no los acontecimientos en cualquier sentido; incluso desarrollos cercanos toman su significado del lenguaje que los describe. De modo que el lenguaje político es la realidad política; no hay ninguna otra en lo que concierne al significado de los acontecimientos para actores y espectadores”*.²

¹ Fabri, Paolo y Marcarino, Aurelia: El Discurso Político. Revista Designis, Editorial Gedisa, España, 2002. Pág. 18.

² Edelman, Murray: LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPECTÁCULO POLÍTICO. Editorial Manantial, Buenos Aires, 1991, p. 21.

El menú informativo provee a los gestos de un escenario cómodo y fugaz, disolvente y concéntrico, desde el cual se hacen llamados y se precisan beneficios. Pero, casi sin querer, esta necesidad de pedir “arrepentimiento”, “decir la verdad”, “perdonar”, “unir al país” delatan la característica principal del gesto: ocultar las inestabilidades y los errores de una sociedad autoritaria que disfraza su intolerancia de expansión telemática. Emerge, de una u otra manera, una especie de “automatismo” discursivo utilizado por toda la política para articular su “decir” y lo dicho es racionalidad comunicativa encubriendo sus acuerdos limitados, con el objeto de tecnificar los dramas, las ilusiones y las puestas en escena. La co-presencia de los medios de comunicación es indispensable en la exhibición de la política democrática que sólo logra un “efecto” de totalización en la promesa de la abundancia y la continuidad.

El *gesto* opera transformando la percepción política en sentimentalidad matriz que detiene la tragedia en la evaluación de sus costos, haciendo un inventario práctico de lo perdido y recuperado, o promete una tranquilidad futura a partir de enunciados generales nunca verificados, pero fuertemente interpretados. Si al hacernos la pregunta por el lugar de la política en la cultura mediática, reconocemos a los gestos como un soporte principal, no menos cierto sería que su condición expresiva es dada por el melodrama. Este, al trabajar la intencionalidad y el acento de los discursos, se preocupa de la mediación simbólica que afecta a los auditorios, pues importa colocar en ellos esa colisión triste hegeliana, capaz de estimular la compasión o el desprecio inmediatos sin contexto, pero cuya emocionalidad tiene el poder de sugerir ideas y mundos compartidos. Parte importante de los discursos de la transición, o mejor dicho, su contenido gestual, ocurre en la televisión. El leviatán electrónico —como la llama Marfa de la Luz Casas— puede economizar detalles y aún así tiene la capacidad de una dramatización más eficaz que el dato informativo. En las noticias del arresto de Pinochet, por ejemplo, se cargaron los días de tonos épicos, las declaraciones antiimperialistas fustigaron banderas, la victimización del enfermo devolvió un rostro anciano, la histeria territorial provocó la insurrección de quienes gozan a plenitud la globalización, los escombros de misericordia por cosas usadas y estupefactas convocaron anatemas y la esperanza de cercar ciudades: un estado de sitio mediático que no terminó con ningún palacio de invierno o primavera. La gente esperó en la soledad de los televisores la huella y el aura de una crisis.

La transición, al edificar su imagen de país, instala un conjunto de enunciados y presiona, compra y direcciona los dispositivos de la enunciación para restringir la lengua a aquellas dimensiones textuales que gratifiquen la pequeña medianía de sus protagonistas. Eric Landowski plantea que la opinión que el discurso político genera tanto en la sociedad, la prensa, los

partidos, etc., confirma la estructura actancial del mito donde determinados personajes cumplen las funciones de ayudantes, obstaculizadores, sujeto y deseo en aras de un relato limpio, sin contradicciones, y que protegido por su fuerza institucional siempre se muestra dispuesto a la corrección y el orden: “...el discurso sociopolítico remite a la producción de relatos, o al menos de esquemas narrativos susceptibles de expansión, que tratan de construir una ‘historia del presente’ (función interpretativa) con la ayuda de operadores narrativos. Veremos así que la ‘opinión’ —vista como una figura encargada de motivar la acción de los ‘gobernantes’— representa a uno de esos operadores. En (...) otro plano, el enunciativo, el discurso periodístico y, a fortiori, político, se vuelve acción —por ejemplo, bajo la forma de llamados, órdenes, advertencias—; la opinión se transforma entonces en un operador discursivo al servicio de ciertas estrategias de persuasión, e intervendrá en esos casos como un simulacro de los ‘gobernados’, construido para hacerles asumir ciertas convicciones y, así, modelar sus comportamientos”³.

El Negocio de la Contingencia

La coyuntura, ese pequeño y silencioso borrador de la historia, es la habitación del gesto; más aún, vagabundea en sus intersticios y cominillos de salón, sin ruta se mueve entre la frivolidad y las lágrimas, la cámara y la confesión, el escarnio y la duda. No persigue detener el tiempo ni rebanar el sentido común con imágenes oscuras; al contrario, funciona con la transparencia del inocente, proponiendo una iconografía segura y precisa donde las cosas no dicen más de lo que muestran. La visualidad festeja un acontecimiento sin textura ni memoria, sólo accidente efímero que volverá muchas veces en distintos formatos a legalizar su caso. Su carácter instrumental es diverso y concentrado, sin embargo termina siempre en una misma instancia: disimular la escasez de lengua de la política, incapacitada de hablar por su falsa dicotomía entre pasado y modernidad, que la condena a justificarse en un porvenir existente sólo en el lenguaje. El melodrama interviene proponiendo una negociación en la contingencia, resolviendo en ésta lo que es puro espesor histórico. Nombres y fechas para suplir la deuda con calendario y reducir las distancias entre sociedad y pacto, haciendo pasar la reconciliación de la política consigo misma como la reconciliación del país. El gesto es un contrabandista de los acuerdos.

El relato asume, entonces, expresiones grandilocuentes y exageradas, gracias al control de la palabra, la mansedumbre de los periódicos, el pa-

³ Landowski, Eric: *La Sociedad Figurada. Ensayos de Sociosemiótica*. Fondo de Cultura Económica, México 1993. Pág. 33.

roxismo de las imágenes y la megalomanía económica, cuyo detalle está en solucionarlo todo por la vía de los contratos entre burocracia y transnacionales. La astucia y el límite de este recurso descansa en paralizar la historia colocando en el medio de la detención el único gesto admitido por la burocracia lingüística del modelo democrático: la grandeza de la modernización por alcanzar. En la escena mediática se arma, describe, dibuja y comenta un país hecho a la medida de juristas, empresarios, políticos y asesores.

La visibilidad dada por la televisión hace de los gestos casi un género —en paradoja— sin narratividad; planos y ensambles, frases cortadas y cuerpos libretados hablan de una expresión audiovisual que se fragmenta en el horizonte de un receptor acostumbrado a las múltiples ediciones y escasas referencias. La profusión de comentarios sin médula, análisis oscurecidos por el interés o miradas sin fisonomía, se unifican en la estetización de la coyuntura, o bien, en la confección de unos íconos políticos que buscan provocar la sensación de participación mediante el placer de mirar. En otros términos, la videopolítica es el espacio por donde circulan los gestos y cuyo fondo es —básicamente— escópico (deseo de ver sin acabar), es la exhibición de un momento tantas veces repetido que se olvida y vuelve camuflado a insistir en una variedad vacía. En palabras de Mabel Piccini, se consagra un sistema de relaciones y de inteligibilidad que subsume todo en el estilo cortoplacista del beneficio y: *“el contrato como convención de intercambio entre las partes reposa, en este caso, en el sobreentendido de prácticas, reglas y discursos políticos que como efectos formales y residuales de los principios del neoliberalismo imponen, sin mayor explicación, una visión de los procesos sociales y la consiguiente reducción de los saberes que intentan explicarlos. Es el espacio de la repetición: el acuerdo conlleva en ocasiones la complicidad del silencio o la alianza implícita”*.⁴

La búsqueda de una claridad política comunicativa⁵ es requisito para un discurso normalizador y transicional que trata de solventar su eficacia y prestigio, mediante la continua obturación de lo aciago y conflictivo a fin de explotar —al máximo— el valor de los enunciados, y lograr un encuentro controlado entre la palabra y la política: participamos, de este modo, en la

⁴ Piccini, Mabel: *La Imagen del Tejedor*. Editorial Gustavo Gili-Felafacs, México, 1987, p., 19

⁵ Nuestro acercamiento al tema se guía por aquella definición de una semiótica de lo político que ha planteado Bernard Limizet y que indica: *“La semiótica de lo político comporta, por una parte, discursos, formas y representaciones, que ponen en escena a las pertenencias sociales y las instituciones, y, por otra, actores en los cuales pueden reconocerse e identificarse los sujetos de la sociabilidad. Por último, estrategias y acciones constitutivas de la historia e interpretables en función de las prácticas y los discursos de los actores que las instrumentan. Los discursos políticos que se pronuncian en el espacio público son los discursos que instituyen a las representaciones en su compromiso. El compromiso define la dimensión semiótica del discurso político, en la medida en que es el discurso, precisamente, el que da cuenta de la articulación de las formas significantes de las cuales se compone, así como de las situaciones, decisiones y actos reales que lo inscriben en la historia”*. *Semiótica de lo Político*. Revista De Signis Editorial Gedisa, España, 2002. Pág. 98.

ilusión discursiva de que toda experiencia recae, necesariamente, en la técnica iterativa y serializada propia de la cultura política nacional. La *massmediatización* facilita un proceso comunicacional de baja densidad y mayor dominio de códigos que permite funcionalizar gestos con la brevedad suficiente para soportar la rutina del zapping y las estrategias de conversación fingida, de un modelo comunicativo de alta velocidad y cuyo movimiento incesante, por un lado, genera hábitos perceptivos nuevos y, por el otro, contribuye al embotamiento sensorial ya consagrado por la vida urbana. En los dos casos se da una simbología plana del capital donde las imágenes son capaces de valer –vendible– y su posesión es de por sí un capital que refleja y representa lo invertido en ellas (J. Schulte–Sasse). Este fenómeno auspicia la producción de “narraciones contingentes” que no descartan la representación informativa, pero intensifican ámbitos discursivos donde la velocidad y la devaluación perceptiva acompañan un consumo que vuelve a la política un campo subvertido, que se resiste a su canon y se desplaza por nuevas identidades y privacidades. *“La difuminación del discurso político en otros géneros –indica Leonor Arfuch– es así consecuente con la expansión de la política misma a otras áreas de lo social: las demandas sectoriales, las protestas, las reivindicaciones particulares, los “nuevos movimientos sociales” que pugnan por la afirmación; denotaría y el reconocimiento a través de una lucha hegemónica. Aquí también es decisiva la mostración de peripecias y protagonistas, en una pantalla que, si bien rehúye en este punto la “perpetuidad”, aspira igualmente a acortar la distancia del acontecimiento. La configuración de identidades colectivas –registro sin duda relevante de la mediatización– aparece así, en contraposición a la morosidad sobre el individuo del reality show, marcada por un timing disruptivo, por un ritmo callejero –convenientemente manipulado en estudios– donde se privilegia la disputa, el calor, y el color, de la consigna y de la denuncia. Casi un género en sí mismo que no puede faltar en ningún noticiario –local o global– y que, más allá de la intencionalidad del medio en cuestión y de su contingencia, exhibe la cualidad esencialmente conflictiva de la política”*⁶.

Las comunicaciones, en todo caso, no son el vertedero de la cultura política chilena ya que ésta también se define por el entramado de géneros que la engloban en el momento actual. La pregunta a realizar sería: ¿a qué tipo de disciplinamiento narrativo obedece ahora? Anteriormente, hemos indicado que se podría tratar del melodrama, en términos de una labor de significación de los acontecimientos como episodios históricos solemnes y demarcaciones de las jerarquías discursivas del presente. Sin embargo, aque-

⁶ Arfuch, Leonor: *Público/Privado/Político: Reconfiguraciones Contemporáneas*. Revista De Signis Editorial Gedisa, España, 2002. Pág. 132.

llo es materia de una investigación de mayor alcance y aquí nos limitamos a reconocer a unos de sus componentes. Lo expresivo de la política sería recurrir con los gestos lo social y escenificar un drama extenso y vasto ante el cual sólo cabe hacer dos cosas: temer y esperar.

La subjetividad propia de esta lógica indica el doble juego de una política que insiste en su estirpe ilustrada y, al mismo tiempo, se desplaza con entusiasmo por el espectáculo. Se trata de la oportunidad de moverse –constantemente– de sitio y no dejarse cancelar en una imagen o cliché (sino en varios). El tiempo se administra en torno a dos escenarios, el de la matriz racional–iluminista y el de la simbólico–dramática (G. Sunkel). En la primera concurre el jefe de partido, el miembro de la comisión parlamentaria, el crítico legislativo, el analista económico o el defensor ciudadano; en la segunda, se hace cargo de imágenes y situaciones el charlista ameno, el viajero anecdótico, el padre jovial o el escritor postergado.

Lo determinante es la estructura de mediaciones simbólicas colocadas en el centro de la diversión cotidiana facultando, ante la ausencia de contacto con la sociedad, una compensación social radicada en la seguridad que dan los expertos. No en vano Paul Bové decía (y el comentario es aplicable) que una comunidad regida por la ley del valor no necesita “*intelectuales ‘orgánicos’ que ofrezcan capacidad de liderazgo, sino intelectuales específicos que sean expertos y descodifiquen y controlen los discursos y las tecnologías dominantes en dicha sociedad*”.⁷ Tal labor encuentra en la operación gestual una imbricación justa entre políticos, periodistas y empresarios, quienes descodifican una trama de estéticas correccionales, gramáticas de la conformidad y obediencias del sentido. La identidad de este corpus es visible –en el espacio televisivo– por la “transmisión en directo”, donde los gestos son réplicas inmediatas de los acontecimientos y no tardan ni demoran, pues se cierran sobre sí mismos despojándose de conexiones.

La fragmentación obligada hace de la representación un conjunto de visiones de mundo errantes, fatigadas en su ensimismamiento, incapaces de preferir sentidos, aunque la política ha sido desplazada por los simulacros al territorio de los discursos. Los textos fracasan en su anhelo de referencialidad y el quiebre, tal cual lo ha señalado Gianfranco Bettetini al describir las etapas de lo televisivo, implica que: “*si en el primer momento el acento se pone en el texto que debe ser consumado en toda su plenitud, en el segundo se privilegia la transferencia de porciones singulares de información hasta prescindir de la coherencia del texto*”.⁸

⁷ Citado por TALENS, Jenaro, en: *Escritura contra Simulacro. Revista Casa de Las Américas, Año XXXVI, N° 203, abril-junio, 1996, p. 26.*

⁸ Citado por Rozas, Eliana en: *Selección de Noticias, entre la importancia y el interés. Cuadernos De Información, Escuela de Periodismo, P. Universidad Católica de Chile, N° 12, 1997, p. 25.*

Las porciones singulares –al cabo– incoherentes son los gestos, las ruinas semióticas de un habla política carente de la sospecha necesaria para inquirir a la época y sus ídolos. Destinando parte importante de su misión a articular parodias de contenidos y satisfacer el repertorio de fórmulas dilatadas y laboriosas, puede mostrar el mundo pero sólo retener su sombra. La política chilena observada desde la gestualidad –que tanto declama y pide– es la producción incansable del “otro” (J. Braudillard), un otro inventado, simulado y caído. No existiendo como diferencia y conflicto el resultado es la política prolongándose en la cartelera de la transición.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio, 2001. *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Editorial Pre-textos, Valencia.
- Arendt, Hannah, 1995. *De la historia a la acción*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Arditi, Benjamin, 2000. *El reverso de la diferencia. Identidad y política*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- Bauman, Zygmunt, 2001. *En busca de la política*. Editorial F.C.E. Buenos Aires.
- Espósito, Roberto, 1996. *Confines de lo político*. Editorial Trotta, Madrid.
- Foucault, Michel, 2002. *El orden del discurso*. Editorial Tusquets, Barcelona.
- Landowski, Eric, 1986. *La sociedad Figurada. Ensayos de sociosemiótica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Mouffe, Chantal, 1998. *Desconstrucción y pragmatismo*. Editorial Paidós, Bs. Aires.
- Ranciere, J., 1994. *En los bordes de lo político*. Editorial Universitaria, Santiago-Chile.
- Verón, Eliseo, 2002. *El cuerpo de las Imágenes*. Editorial Norma, Buenos Aires.
- VV.AA. 2002. *Comunicación Política. Transformaciones del Espacio Público*. Revista Designis, Editorial Gedisa, España.

